

**MONJES, MAGIA Y DEMONIOS EN LA
“VIDA DE HIPAZIO” DE CALÍNICO**

Ramón Teja
Universidad de Cantabria

Todos los hombres y mujeres de la Antigüedad Tardía creían en el poder (*dynamis*) de los magos, brujos, adivinos y en la omnipresencia del diablo y de otros seres y poderes extrahumanos que influían de una forma permanente en la vida de las personas, de los animales e incluso de las plantas. Lo expresa muy bien en términos literarios Umberto Eco cuando pone en boca de un personaje de una de sus novelas estas palabras: “¿Es usted consciente de la grandeza de la época, entre el segundo y el tercer siglo después de Cristo?... Época espléndida, habitada por el Nous, fulgurada de éxtasis, poblada de presencias, emanaciones, demonios y cohortes angélicas”⁽¹⁾. Con la difusión del Cristianismo la creencia en los poderes ocultos fue compartida al igual por paganos y cristianos⁽²⁾. Aunque coincido con P. Brown en que “estamos lejos de tener la certeza de que en la época tardorromana se produjo un aumento del miedo a la brujería o una mayor difusión de las prácticas mágicas”⁽³⁾, estamos en condiciones de afirmar un obispo del siglo V, por ejemplo, creía con la misma seguridad que Plinio el Viejo que no había ninguna persona que no temiese los encantamientos mortíferos⁽⁴⁾. La única diferencia radicaba en que los cristianos atribuían el poder de los magos al diablo y que éste podía ser contrarrestado por Cristo que actuaba normalmente por medio de los hombres santos. El hombre santo por excelencia es ahora el monje. Por ello, la rica literatura hagiográfica de la Antigüedad Tardía que ha llegado hasta nosotros constituye una fuente inagotable de información sobre la magia y sobre la actuación de los monjes como magos benéficos capaces de contrarrestar el poder maléfico del demonio⁽⁵⁾.

¹ U. Eco, *El péndulo de Foucault*, Barcelona 1989, p. 167.

² Una buena prueba de ello lo tenemos en el *Terapéutico* de Teodoreto de Ciro; cf. et. A. A. Barb. “La supervivencia de las artes mágicas” en A. Momigliano y otros, *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*, (ed. española), Madrid, 1963, p. 133: “Todo el mundo creía en la magia en la antigüedad excepto unos pocos escépticos y agnósticos que tampoco creían en la religión... Todos los teólogos cristianos creían en la existencia de las artes mágicas... Todos los filósofos paganos más de moda del siglo IV encabezados por el divino Jámblico creían en las artes mágicas”.

³ P. Brown, “Stregoneria, demoni e la nascita del cristianesimo” en *Religione e società nell’età di sant’Agostino*, (Ed. italiana) Turín, 1975, p. 112.

⁴ Cf. Plinio, N.H. 28, 4, 9.

⁵ No pretendo aquí tratar de la importancia del monje, en cuanto “hombre divino” u “hombre santo” en la historia social y religiosa de la Antigüedad Tardía que ha sido en los últimos años objeto de numerosas publicaciones des

Las “supersticiones” que esta literatura refleja no eran algo exclusivo de la religiosidad y de las creencias llamadas populares, sino que se trata de un universo religioso compartido por las mentes más “ilustradas” de la época. ¿Acaso no son los protagonistas del diálogo “El amigo de los engaños” de Luciano de Samosata un grupo de filósofos? El escepticismo o la incredulidad de que hace gala Luciano es una excepción en el Mundo Antiguo. Considerar la magia “religión degradada”, como pretenden algunos, o como un estadio previo a la religión, como pretenden otros, creo que no conduce a nada y es desmentido por la literatura religiosa de la Antigüedad Tardía. Lo ha expresado bien Fritz Graf: “La idea de que la magia fuese característica de los grupos sociales inferiores sobrevivió al final de la antigüedad. Transformada en el Setecientos en concepto etnográfico, integrada en la concepción evolucionista de Tylor y Frazer, sobrevive tanto en el pensamiento científico como en la distinción que el lenguaje corriente establece entre “magia” y “brujería”, “magia” and “witchcraft”, “Magie” und “Herexei”. Estamos apenas comenzando a entrever los problemas planteados por un así llamado modelo <<a dos niveles>>”⁽⁶⁾. Mi punto de partida es que las diferencias y los límites entre religión y magia son subjetivos –dependen de la perspectiva desde la que observa la magia quien practica una religión– y que, en el caso que estudiamos, el cristianismo adoptó y perpetuó multitud de ritos, fórmulas y creencias profundamente arraigadas y desarrolladas desde siglos por la magia pagana⁽⁷⁾. En una palabra, la iglesia se esforzó por institucionalizar los poderes mágicos en un contexto religioso más amplio, pues como ha escrito H. J. Magoulias, “magic dies at the very heart of Christianity”⁽⁸⁾.

Los cristianos recurrían a los monjes santos para contrarrestar la acción y la atracción que sobre las masas de la época ejercían magos, hechiceros, curanderos y adivinos. El monje santo generalmente reúne en sí todos estos poderes aunque suele destacar más por unos que por otros. Resulta difícil de valorar pero fácil de imagi-

pués de los estudios pioneros de E. Patlagean, “A Byzance: ancienne hagiographie et histoire sociale” *Annales (E.S.C.)* 23 (1968), 106-123 y P. Brown, “The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity”, *JRS* 61 (1971), 80-101, recogido en Id., *Society and the Holy in Late Antiquity*, Londres 1982. De esta obra hay edición italiana, Turín (Einaudi) 1982. Mi objetivo aquí es mucho más modesto: desarrollar un capítulo de historia de las religiones poniendo de relieve cómo el monje perpetúa bajo forma cristiana la acción y el protagonismo que los magos tenían en el mundo oriental y en el helenismo greco-romano. Sólo conozco un estudio que pueda servir de precedente a lo que aquí presentamos, el de H. J. Magoulias, “The Lives of Byzantine Saints as Sources of Data for the History of Magic in the Sixth and Seventh Centuries A. D.” *Byzantion* 37, 1967, 228-269.

⁶ E. Graf, *La magia nel mondo antico* (ed. italiana), Laterza, Roma-Bari, 1995, p. 82.

⁷ Un sintético planteamiento del tema, aunque no comparto su visión positiva de la religión y negativa de la magia, puede verse en A. A. Barb. *La supervivencia de las artes mágicas* (cit.). Más bien prefiero seguir el mismo criterio que ha aplicado E. M. Butler: “Cuando se trata de investigar sobre la brujería, la magia, o su gran pariente, la religión, la única base verdaderamente sólida sobre la que nos movemos es su tenaz e inamovible presencia en la mente de los hombres”, E. M. Butler, *El mito del mago*, (cd. española), Madrid (Cambridge University Press), 1997, p. 26.

⁸ H. J. Magoulias, *The Lives of Byzantine Saints* (cit.), p. 228.

nar los efectos que esta literatura hagiográfica tuvo en la cristianización de la sociedad de la Antigüedad Tardía. El resultado fue el paso de las supersticiones tradicionales, ligadas a los cultos paganos, a una nueva forma de superstición de signo cristiano mediante la transformación del dios pagano en demonio y del mago en santo. Al fin y al cabo, el cristianismo, al convertir a los dioses paganos en demonios ¿no engrosó el mundo con nuevas legiones de demonios y ángeles maléficos imponiendo con nuevos argumentos en la mente de las masas populares la existencia real de esos poderes infernales o celestiales que hasta entonces habían invocado con gran éxito las artes mágicas tradicionales?

En mi exposición me voy a limitar al tema de la magia y me voy a centrar en una de las numerosas vidas de santos que produjo la literatura cristiana de los siglos IV y V: la *Vida de Hipazio* escrita por Calínico⁹). Creo que es una de las narraciones hagiográficas que mejor ilustran esta idea de que el monje es, al margen de sus virtudes ascéticas, un hombre divino cuyos poderes sobrenaturales le son proporcionados por Dios para luchar y vencer los poderes maléficos del diablo y convertirse así en un instrumento privilegiado de cristianización, no sólo de las masas populares, sino también de los elementos más cultos de la sociedad.⁽¹⁰⁾

Hipazio era un frigio, hijo de un abogado establecido en Constantinopla. Recibió una brillante formación para seguir los pasos de su padre, pero a la edad de unos diecisiete años abandonó la capital para ingresar en un monasterio rural en Tracia, no lejos de Constantinopla, que había sido fundado por un tal Jonás, un exguardia palatino de origen armenio. Era la época de las correrías de Godos y Hunos por la zona (circa 384) y Jonás se sirvió de sus influencias en la corte para proteger y ayudar a los campesinos frente a los invasores y para llevar a cabo, al mismo tiempo, una tarea de cristianización de las poblaciones rurales.

Cuando Hipazio contaba con unos veinticuatro años, había nacido hacia el 366, abandonó su monasterio de Tracia y se instaló en el 400 en un monasterio abandonado, conocido como *Rufiniana*, en la parte asiática del Bósforo, cerca de Calcedonia. Se trataba de un amplio conjunto arquitectónico compuesto de una capilla y de edificios residenciales que había sido fundado por el todopoderoso Prefecto del Pretorio de Oriente entre los años 391-395, Rufino. Tras su caída y ajusticiamiento, los monjes de origen egipcio que lo habitaban se vieron obligados a emigrar y las edificaciones fueron abandonadas. Hipazio se sirvió de sus influencias para rehabilitarlo y fundar una comunidad monástica dependiente de él que en el 406 contaba ya con

⁹ Seguiré la edición de G. J. M. Bartelink, *Callinicos. Vie d'Hypatios*, Sources Chrétiennes 177, París, 1971.

¹⁰ Una visión general del tema puede verse en Rosa Sanz Serrano "Santos y demonios como elementos de cristianización en Occidente", en J. Alvar y otros (eds.), *Héroes, semidiosos y dámones* (Arys. 1), Ed. Clásicas, Madrid 1992, pp. 463-484.

treinta monjes. Con el tiempo la comunidad fue creciendo hasta alcanzar el número de cuarenta. Hipazio se distinguió por su vida ascética y por sus dones sobrenaturales para hacer milagros, curaciones, exorcismos en una lucha permanente con su gran rival, el diablo. Pero no se contentó con recluirse dentro de los muros del monasterio, sino que llevó a cabo una intensa labor de cristianización en los ambientes rurales de esta región de Bitinia y ejerció una gran influencia en la familia de Teodosio II y entre altos cortesanos de la Capital.

Hipazio murió en el 446 y poco después de su muerte escribió su *Vida Calínico*. Este era un *ex notarius* de un abogado de Constantinopla, originario, al parecer, de Siria, que se había convertido al cristianismo a comienzos del siglo y que en el 426 formaba ya parte como monje de la comunidad de *Rufiniana*. Parece que compuso la *Vida* poco después de su muerte y la mayor parte de la narración está dedicada a los últimos años de Hipazio de los que Calínico había sido testigo ocular. Se inspira en gran medida de los modelos hagiográficos precedentes, en especial, en la *Vida de Antonio*, escrita por Atanasio de Alejandría un siglo antes. Calínico no tenía una gran formación literaria y retórica y escribió en un estilo simple siguiendo los standards del griego eclesiástico de la primera mitad del siglo V. Como sucede en la literatura hagiográfica y monástica de la época, la mayor parte de la narración está dedicada a reproducir las enseñanzas del santo y a describir sus milagros. Estos son presentados como instrumento en la lucha contra su principal enemigo, el diablo. El diablo (*diábolos*) y el demonio en singular (*daímon*) o en plural (*daímones*) están omnipresentes en la vida de Hipazio que lucha contra ellos con la oración y con una serie de ritos, gestos o talismanes, en especial el signo de la cruz, y el agua o el aceite bendecidos. El diablo unas veces actúa directamente, otras por medio de magos profesionales paganos, lo que determina que el medio en que se mueve Hipazio se presente como un mundo en el que la magia está omnipresente. El poder y la santidad de Hipazio se manifiesta precisamente en sus victorias sobre el diablo que es el causante de las enfermedades y de todos los males o sobre los magos. Las descripciones de Calínico presentan a Hipazio enfrentándose al diablo o al poseído en una especie de combate a dos sazonado de diálogos que, a veces, recuerdan los dramas griegos.

Hipazio, su biógrafo y todos los cristianos de la época no sólo creen que los magos paganos deben su eficacia al demonio, sino que los propios demonios son calificados como magos o como seres dotados de poderes mágicos: “Había una vez un demonio con una gran capacidad mágica (*periergía*)”, se dice en una de las narraciones de la *Vita* (22, 16). La historia de un alto personaje, el eunuco Urbicio, *Praepositus Sacri Cubiculi* en la corte de Teodosio II, muestra bien que las creencias en los poderes de la magia maléfica de origen demoníaco no era algo exclusivo de las gentes del pueblo. Urbicio tiene noticia de que un personaje de nombre Elio

era maltratado por su propio hermano que era muy rico: por medio de artes mágicas (no lo dice expresamente pero se desprende del texto) le había hecho enloquecer (*ékphron, phrenoblabés*), le mantenía encerrado e intentaba hacerle morir. Al tener noticia de ello, Urbicio le liberó de su hermano y le llevó al monasterio confiándolo a Hipazio. Este, después de haberlo alimentado con sus propias manos, pues no sabía comer por sí solo, le curó tras haber orado y haberle ungido con aceite bendecido por él (*Vita* 12, 4-11)¹¹.

En otra ocasión fue un siervo (*domestikós*) del propio Urbicio, llamado Alcimo, cuyo cuerpo se había secado a la mitad a consecuencia de prácticas mágicas. Hipazio le curó después de orar y ungirle con aceite (*Vita* 15, 1-2). A continuación Calínico reproduce un diálogo entre el diablo, airado porque había librado a aquella persona, y el monje que habla con una “parrhesia” propia del hombre santo que se siente seguro de su poder: “<<¿Hipazio por qué me has quitado este hombre? Hacía mucho tiempo que me había sido entregado>>. Hipazio le dijo: <<El Señor te castigará, diablo, y hará inútiles tus maquinaciones. ¿Hasta cuándo lucharás contra el género humano solazándote con el humo de los sacrificios y con las inmundicias, tras haber sido arrojado desde tan alto pedestal? ¿Hasta cuando no te arrepentirás de tus malas acciones?>>. El otro respondió: <<Hipazio, ¿si me arrepiento, Dios me restituirá a mi antiguo lugar?>>. Este le respondió: <<No pienses en esto, diablo. ¿No te basta que los santos rezen a Dios para que te acepte como uno de los pecadores arrepentidos?>>. El respondió: <<¿Yo poseo un poder tan grande en el mundo y tú me dices que yo seré como un pecador cualquiera? ¡Qué cosas dices, Hipazio!>> (*Vita*, 15, 3-7).

Como en otras narraciones hagiográficas, Calínico describe aquí a Hipazio enfrentándose al diablo con una enorme seguridad, actuando como una especie de

¹¹ El aceite, previamente bendecido por el santo, aparece con mucha frecuencia, junto con el agua bendita, como medio utilizado por éste para realizar sus milagros: del famoso profeta y hacedor de milagros, Juan de Licópolis, se dice en la *Historia Monachorum* I, 12 que “la más de las veces daba aceite a los enfermos y de esta forma los curaba”. La diferencia radica en que Hipazio unge a los enfermos con el aceite, mientras Juan se lo da a beber. Es interesante constatar que cada monje usa con preferencia uno u otro producto: Hipazio se sirve sistemáticamente del aceite, no del agua. No sé hasta qué punto sea significativo constatar que en una misma historia y con el mismo protagonista como es la narrada en *Historia Monachorum* XXI, 17 (ed. Festugière), Macario el Egipcio se sirve del aceite, mientras en la versión de la *Historia Lausiaca* 17, 6-9 usa el agua. En la *Vida de Eutimio* 54 se cuenta de una mujer epiléptica se curó bebiendo durante tres días el aceite de la lámpara que ardía sobre la tumba del santo; en *Ibid.* 52 otra endemoniada se curó “ungiendo cada día con el aceite sagrado de la tumba”. En Juan Mosco los métodos de curación son por contacto o mediante agua, cf. J. Simón, *El monacato oriental en el “Pratum Spirituale” de Juan Bosco*, Madrid, 1993, p. 375. El monje Afraates curó un caballo del emperador Valente dándole de beber agua bendecida y ungiendo su vientre con aceite bendecido también (Teodoreto, *Hist. Relig.* VIII). Gregorio de Nacianzo en su *Oratio* 43, que es un panegírico en forma de oración fúnebre de Basilio de Cesarea, narra una curiosa anécdota: durante la estancia del emperador Valente en Cesarea a comienzos del 371, éste pidió a Basilio que curase su hijo pequeño que estaba enfermo, pero el niño no se curó porque, al mismo tiempo, obedeciendo a los herejes (arrianos) sustituyó el agua potable por agua salada (*álme*) (*Orat.* 43, 54, 14-32).

chamán totalmente convencido de sus poderes. La eficacia de su acción se manifiesta especialmente cuando el monje conoce los pasos o las acciones previas del diablo sirviéndose de las artes mágicas. Se refleja muy bien en este episodio en que Hipazio contrarresta o supera las artes de una mujer hechicera:

“Un día vino a verle un laico que tenía una llaga horrible -su muslo supuraba por todas partes- y el santo se preocupó por él y oró por él. Pero no mejoró. Entonces el santo Hipazio le preguntó: <<¿No has hecho nada malo?>>. Él le respondió: <<Antes de venir al monasterio una mujer hizo sobre mi llaga encantamientos (*epa-oídas*) con un cuchillo>>. Cuando hizo esta confesión, nos contó Hipazio: <<Aquella misma noche yo ví a la mujer sentada delante de la puerta y, a poca distancia, al diablo sentado sobre un dosel, con vestimentas regias, rodeado de un gran número de demonios¹². Algunos hermanos salieron en busca de la mujer y los demonios les atacaron. Cuando yo llegué, el diablo dijo a sus siervos: “Dejadlo, vosotros no podéis nada contra él”. Inmediatamente el Señor los hizo desaparecer>>. Al cabo de algunos días el hombre se curó” (*Vita* 28, 1-8).

En otras ocasiones el monje se sirve de las informaciones previas del diablo para castigar con la muerte a los poseídos, por un pecado previo, de una forma que recuerda muy de cerca las prácticas de magia negra o maléfica. Este es el caso de la historia de un arriero adúltero. Era éste un servidor de la posta pública, un palafrenero o *hypokómos*, como eran llamados. Este se presentó ante el santo con la cabeza hinchada hasta tal punto que parecían tres cabezas unidas y llenas de úlceras. Hipazio oró por él y le lavó con sus propias manos, pero a los pocos días la enfermedad se agravó. Le preguntó entonces si es que había cometido algún pecado, cosa que negó el enfermo. Entonces el santo vió durante la noche a cinco demonios que le animaron a que desistiese pues el hombre había sido entregado a ellos a causa de sus pecados. Interrogados por el santo, los demonios le revelaron los pecados: a pesar de estar casado, había cometido adulterio con la mujer de otro. Después lo había negado jurando sobre los Evangelios y, al día siguiente, se había acercado al altar a comulgar como si nada hubiese sucedido. Interrogado de nuevo por Hipazio terminó por confesar y éste le respondió: <<Puesto que has mentido no confesando tu pecado, te quedan sólo tres días de vida>>. Efectivamente a los tres días murió” (*Vita* 28, 7-13).

En la narración de Calfnico se entrecruzan, de forma muchas veces inseparable, la acción de los magos, de los demonios y del santo que actúa como médium, como un justiciero entre extrañas visiones. Resulta enormemente ilustrativa esta narración

¹² Puede compararse esta visión con la que describe Juan Mosco: un habitante de Constantinopla que se dedica a las artes mágicas visita una fortaleza llena de etíopes para adorar a uno de ellos, grande y horrible, que se sienta en un elevado trono rodeado de otros etíopes: Cf. J. Simón Palmer, *El monacato oriental* (cit.), p. 361.

de un mago acompañado de un joven, que toma diferentes disfraces y se comunica directamente con los demonios. El texto literal es como sigue:

“Otra historia es la de unos monjes que tenían una pequeña iglesia a tres millas (del monasterio). Se presentó en una ocasión ante ellos un mago (*períergos*) con el pretexto de que deseaba renunciar al mundo. Venía acompañado de un muchacho (*paidárion*). Sin cesar perturbaba con cualquier motivo a los hermanos y al higúmeno, cuyo nombre era Eumazio, persona admirable y llena de amor hacia Dios. Este envió un mensaje a Hipazio rogándole que acudiese pues estaba terriblemente atormentado. Apenas llegó, Hipazio se dió cuenta de qué tipo de hombre era. Sucedió que el muchacho cometió una falta y aquél comenzó a golpear al niño hasta hacerle derramar sangre. Entonces Hipazio cogió el bastón con que aquel había golpeado al niño y le golpeó a él diciendo: <<¿Has venido aquí para cometer un asesinato?>> Aquel, enojado, le contestó con esta amenaza: <<Antes de que termine la semana me vengaré de ti>>. Hipazio retornó a su monasterio y cinco días después vió a cuatro demonios en forma de camellos con cuellos y cabezas de serpientes. Pero el ángel de Dios que le acompaña le cogió y le elevó por encima de los demonios y éstos, aunque alargaban sus cuellos para cogerle, no lo lograban porque él siempre se elevaba más alto. Finalmente el ángel le mostró a aquel hombre bajo la forma de un esclavo con cabellos perfumados y que estaba sentado al pie de su lecho. El ángel le dijo: <<Es él quién los ha enviado>>. Hipazio dijo a los demonios: <<Yo os conmino, demonios, en nombre de mi Señor Jesucristo a que vayáis a hacer a este hombre que os ha enviado lo que debíais hacerme a mí>>. Ellos se volvieron contra el que les había enviado y, al instante, empujado por ellos, comenzó a comerse con voracidad su propia lengua y sus propias manos⁽¹³⁾. Los hermanos se dirigieron a Hipazio y le dijeron: <<Aquél personaje se está devorando a sí mismo y pronuncia vuestro nombre. Dignaos venir y orar por él>>. Hipazio se había hecho encerrar –pues se daba la circunstancia de que había comenzado la cuaresma– y les respondió: <<Que su castigo se prolongue un poco todavía para que aprenda a conocer el temor de Dios. Cuidad de él hasta el día de la Santa Pascua>>. Una vez que terminó el tiempo de ayuno, Hipazio acudió a él el día de la Santa Pascua, le encontró sumido en terribles tormentos y le dijo: <<¿Acaso es injusto Dios cuando castiga? Hablo como los hombres y ¡que esto no suceda! ¿Has comprendido que Dios protege a sus siervos?>> Después, tras ungirle con aceite y marcarle con la señal de Cristo, pronunció una plegaria sobre él. Inmediatamente el Señor le curó de su maldad, pero aún no era capaz de tenerse en pie a causa de la terrible enfermedad. Hipazio dijo al abad Eumazio:

¹³ En el Prado Espiritual de Juan Mosco se habla de una monja endemoniada que se comía su propia carne, J. Simón, *El monacato oriental* (cit.), p. 363.

<<En pocos días curará. En cuanto suceda, despídele rápidamente>>. Los hermanos, librados de esta prueba, dieron gracias a Dios” (*Vita* 28, 14-29).

El mago o el medium podía ser también víctima de su propio poder y de la ira de los demonios como se pone de manifiesto en la historia de una mujer noble, *cubicularia* en la corte imperial, a la que el santo le expulsó los demonios de su cuerpo y, en venganza, se pasaron al de Hipazio que permaneció enfermo durante veinte días (*Vita* 44, 1-7).

Otro caso evidente de magia negra o maléfica es aquel de que fue víctima el *comes* Elpidio, arquitecto del emperador. Este sufría enormes tormentos de un demonio, experimentaba terribles dolores y lanzaba gritos delirantes. Fue llevado al santo transportado en una litera por sus esclavos. El santo recitó una plegaria, hizo posar en el suelo la litera y le puso la mano en el lugar donde sufría los dolores que se hicieron más soportables. Cuando Hipazio se alejaba, los dolores volvían y comenzaba de nuevo a lanzar gritos al tiempo que hacía ostentación con orgullo de sus grandes riquezas. Algunos días después llegaron al monasterio obreros asalariados y de trabajos infamantes que revelaron al santo que había hecho su dinero a costa de abusar de ellos y de otros muchos. Al saberlo, Hipazio declaró a Elpidio que Dios le había revelado que iba a morir por sus abusos y le ordenó devolver lo que había ganado para así salvar su alma. Pero los médicos, instigados por quienes querían heredarle, le convencieron de que no iba a morir. Con todo, al cabo de tres días murió reclamando inútilmente la presencia del santo (*Vita* 44, 8-19).

Las conversiones de los magos a la religión cristiana con frecuencia se producían porque los poderes “mágicos” del santo eran vistos como superiores a los de los paganos. Era tarea de los santos monjes como Hipazio saber distinguir las verdaderas conversiones de las falsas o fingidas. Después de todo ¿no era esto lo que había intentado Simón Mago en la época de los Apóstoles? Lo ha constatado así E. M. Butler: “¿Cómo podía un hechizero, dice, causar la menor impresión en un mundo en el que huestes de hombres santos podían, sin el menor esfuerzo, ganarle en su propio juego? El único camino que le quedaba abierto era el que Simón Mago había tratado de ensayar: entrar cautelosamente en el seno de la Iglesia”⁽¹⁴⁾. La siguiente historia pone bien de relieve que había magos paganos que se infiltraban entre los cristianos, en este caso en el monasterio de Hipazio, quizá con la idea de conocer los poderes ocultos del santo. Pero éste logró descubrirle a partir del olor satánico que expedía⁽¹⁵⁾. La narración nos ilustra muy bien sobre el ambiente que rodeaba a los

¹⁴ E. M. Butler, *El mito del mago*, cit. p. 122.

¹⁵ El mal olor que expide el diablo o los objetos diabólicos es un tema muy difundido en la Antigüedad y que ha llegado a nuestros días en tradiciones y creencias populares. Jerónimo dice en la *Vita Hilarionis* 18, 7 que el santo “tenía el don del cielo para conocer a través del olor de los cuerpos y de los vestidos y de las cosas que uno había

magos, como el mal olor, y los medios de que se servían, libros y otros instrumentos mágicos cuya tenencia estaba prohibida por la ley. Entre éstos el más importante es una especie de cinturón de tela que es denominado “cinturón de Artemis”, sin duda, un objeto apotropaico. La estrecha asociación de Artemis con la magia era bien conocida en la Antigüedad; en Siria, de donde procedía el mago en cuestión, lo atestigua ya en el siglo II el cristiano Taciano: “*magos es Artemis*”,⁽¹⁶⁾ y la historia del enfrentamiento de Hipazio con Artemis de la que hablaremos más adelante. La narración de Calínico es presentada como una lucha entre los poderes del mago pagano y los del santo cristiano que, naturalmente, resulta vencedor:

“En una ocasión, mientras permanecía en pie (*Hipazio*) durante el servicio divino sintió un mal olor muy fuerte. Hay que tener en cuenta que acudían muchas personas de la ciudad que habían oído hablar de él y querían recoger el fruto de sus santas plegarias. Una vez finalizado el servicio, como inspirado por un poder divino, llamó al hombre que expandía el mal olor, le puso en medio de todos y le preguntó <<¿De dónde eres? ¿Cuál es tu oficio y qué es lo que llevas encima de ti?>> El otro respondió: <<Soy de Antioquía y quiero hacerme cristiano>>. Hipazio le hizo cachear y le encontró un trapo en forma como de cinturón de tres dedos de ancho y le preguntó: <<¿Qué significa esto? Durante el rezo yo he sentido un olor satánico>>. Contra su voluntad se vio forzado a confesar que el paño pertenecía a Artemis. Inmediatamente ordenó que fuese quemado. Pero cuando la prenda fue arrojada al fuego, no ardió, sino que tomó la forma de un objeto redondo. Entonces el santo recitó una plegaria, acompañado de los demás monjes, lo aplastó a puntapiés, lo rompió en pequeños trozos y lo mezcló con la tierra. Después lo arrojó a las letrinas y dijo aquel hombre: <<Si tú quieres hacerte cristiano, dame tu libro y todos tus instrumentos mágicos>>. Envió a un hermano para que le acompañase, pero aquél se escondió y huyó” (*Vita* 43, 1-8)⁽¹⁷⁾.

tocado de qué demonio o de qué vicio era uno esclavo”. Por el contrario, el cuerpo muerto de Hilarión exhalaba olor a perfumes como si hubiese sido embalsamado. (*Ibid.* 32, 7). En la *Vida de Eutimio*, 24, se cuenta que, habiendo sido tentado un monje por el demonio de la lujuria, Eutimio, al acercarse a él, experimentó un mal olor demoníaco.

¹⁶ *Orat. ad graecos* 8, 7.

¹⁷ F. R. Trombley, *Hellenic Religion and Christianization, c. 370-529* (E. J. Brill), Leiden, 1955, vol. II, p. 88 dedica un breve comentario a este pasaje y señala que no existen paralelos para este cinturón de Artemis: “The belt of Artemis was presumably a magical or apotropaic device for with no parallels exist”. Pero estos paralelos existen, y muy numerosos, en las más antiguas civilizaciones de Oriente y en la Biblia que ha sido estudiadas por J. M. Blázquez, “Cinturones sagrados en la Península Ibérica”, *Homenaje a M. Almagro Basch*, v. II, Madrid, 1983, 411-420. Esta tradición sobrevive en la literatura hagiográfica donde hemos logrado detectar, al menos, cuatro paralelos en Siria y Egipto: Teodoreto de Ciro cuenta que el santo monje Pedro había cortado en dos un cinturón que tenía, muy largo y ancho, hecho de lino, y le había regalado la mitad. Tanto él como los miembros de su familia y los amigos se lo ajustaban a los riñones cuando estaban enfermos e inmediatamente sanaban (*Hist. Relig.* IX, 15). En la *Vida de Shenute* se habla también de un cinturón suyo de piel que el monje donó como *eulogía* a un

En otras ocasiones es Dios mismo quien le revela al santo que la víctima a la que desea curar había ejercido previamente como mago. Este fue el caso de Atelas, hermano del *comes* Zoanes, que estaba atormentado por un demonio terrible con gran capacidad de encantamiento. Llevado a Hipazio por su hermano, permaneció por algún tiempo en el monasterio hasta que Dios reveló al santo que se había ocupado de prácticas mágicas, pudo expulsar al demonio y curó (*Vita* 22, 14-20).

Esta rivalidad parece percibirse en la extraña narración de un mago pagano, Macario, que se convierte al cristianismo, se hace monje en el monasterio de Hipazio y después, llevado por su orgullo, se enfrenta a éste queriendo demostrar una mayor santidad y, por lo tanto, ser él el depositario de los poderes sobrenaturales. Macario es presentado como un personaje que cuando vivía en el mundo tenía “celo” pero le faltaba el verdadero “conocimiento”. Parece querer decir que tenía poderes mágicos pero equivocados. Además sufría una especie de aberración mental (*paralaxía*) de la que no era consciente, todo ello como consecuencia de haber vivido entre magos (*periérgoi*). Una vez que se bautizó y entró en el monasterio destacó sobre todos por su ascetismo, por su caridad en el trabajo y por el celo religioso. Como resultado de esta conducta Dios le curó de su antigua enfermedad (*paraplexía*). Pero al cabo de dieciocho meses el diablo descubrió su punto débil, la falta de humildad, y comenzó a creerse superior a todos y a despreciar a los hermanos. Ello le llevó a un grado tal de locura (*phrenoblábeia*) que se atrevió a injuriar a Hipazio en estos términos:

<<Rebelde a Cristo, la mano derecha de Dios está sobre mi cabeza. Jesús habla por mi boca. Él se me ha revelado a mí y Jesús me ha dicho: “Yo pongo a tu servicio mil obispos para que mandes sobre ellos como arzobispo”>>.

Hipazio se compadeció de él y no le expulsó del monasterio, sino que le puso a buen recaudo, atado con cadenas por los pies. Poco tiempo después le pidió a Hipazio que le pusiera en libertad y le proporcionase un monje que le acompañase a reunirse con los mil obispos que Jesús le había prometido. Hipazio le dejó marchar, pero solo. Él se fue, pero sin haber recibido la bendición ni dado el beso de la paz a su padre espiritual como era norma en el monasterio. Un día que acudió a comulgar sin haber recibido la bendición sufrió un terrible castigo divino hasta que volvió de nuevo a Hipazio quien recitó sobre él una plegaria y curó. Pero después Macario durante cuatro años no volvió a encontrarse con su padre Hipazio, ni le dió el beso

dux y que tuvo efectos milagrosos pues se lo ciñó y dió muerte a todos los enemigos (*Vida* 106-108). En otra ocasión fue un conde que se dirigía al Sur a luchar contra los bárbaros: le dió su cinturón como *eulogía* y éste triunfo sobre todos los enemigos (*Vida* 135-137). Puede recordarse también que en la *Historia Monachorum* XIII, 45-49 se cuenta que una cincha (*zōne*) para animales de tiro que el santo monje Juan había trenzado con hojas de palmera, apenas fue colocada sobre un asno que era montado por un cojo, éste sanó de su cojera.

de la paz, ni reunió a ninguno de los mil obispos. El que no volviese a darle el beso de la paz fue el peor mal para él pues un año después de morir Hipazio algunos hermanos le tuvieron que llevar al monasterio afectado de una terrible enfermedad: su carne y sus huesos empezaron a descomponerse. Durante ochenta días permaneció sin tomar alimentos y maldiciendo de sí mismo por haber abandonado a Hipazio al tiempo que enseñaba sus espaldas horriblemente flageladas. En medio de estos lamentos murió y fue enterrado en un lugar próximo al de los otros monjes donde todos los días éstos acudían a rezar por él. Calínico concluye su narración diciendo que, puesto que él había actuado por ligereza con falta de discernimiento, y, puesto que por inexperiencia no había emprendido la lucha con el diablo con espíritu vigilante, el Señor se apiadó de él y no le privó de la proximidad de sus hermanos y esperaban todos que por intercesión del santo Hipazio y de los demás monjes alcanzase la salvación el último día (*Vita* 42, 1-40).

Esta extraña historia está llena de alusiones ocultas, expresiones y palabras con doble sentido que parecen ofrecer como clave de interpretación una rivalidad entre los poderes mágicos de un viejo cristiano como Hipazio y un mago recién convertido como Macario. En el mundo pagano la magia era considerada como una técnica o ciencia esotérica, algo que era aprendido mediante un complejo proceso de iniciación o mediante revelación divina. Era algo accesible a unos pocos y por ello no podía haber muchos magos en un mismo contexto⁽¹⁸⁾. Lo mismo ocurría entre los cristianos: en un círculo reducido como era un monasterio, el santo monje no podía admitir la competencia de otro pues su prestigio y capacidad de influencia se venían abajo. T. R. Trombley que ha dedicado un breve comentario a esta narración piensa que la expresión “la mano derecha de Dios está sobre mi cabeza” puede ser una alusión a las manos mágicas en versión cristiana que tan extendidas estaban como instrumentos de magia en las religiones helenísticas y que conocemos bien por la arqueología⁽¹⁹⁾. También opina que los mil obispos que iban a estar a su servicio podría ser una evocación de la habilidad para mobilizar mil *daímones* en beneficio de sus clientes⁽²⁰⁾. Aunque esto fuera así, nosotros pensamos que aquí subyace una clara alusión a la bien conocida tendencia de los monjes a sentirse superiores a los obispos y a poner a éstos a su servicio. Las referencias a las patologías psíquicas y físicas de Macario como consecuencia de su vida anterior con los magos, la presentación del beso de la paz como una especie de talismán que libra de los males o los acarrea cuando no se imparte, la convicción de Macario de ser un medium a través

¹⁸ Cf. G. Luck, *Arcana Mundi. Magia y ciencias ocultas en el Mundo Griego y Romano*, Madrid (Gredos) 1995, p. 42; F. Graf, *La magia nel mondo antico* (cit.), pp. 87-114.

¹⁹ F. R. Trombley, *Hellenic Religion* (cit.) II, p. 92.

²⁰ *Ibid.*

del cual Dios se manifiesta, su enfrentamiento abierto con Hipazio y el hecho de que éste ordene tenerle sujeto con cadenas, todos éstos y otros más son indicios de una lucha en el interior del monasterio entre dos personajes que rivalizaban por imponerse a los demás mediante la exhibición de sus poderes sobrenaturales. Finalmente, el que Calínico presente en la biografía este enfrentamiento inmediatamente antes del capítulo cuarenta y tres, dedicado todo él a describir las luchas de Hipazio contra las prácticas mágicas seguramente no carece tampoco de significado.

Otro caso de enfrentamiento personal de Hipazio con sus rivales, en este caso un mago pagano con poderes adivinatorios, nos es descrito en esta narración en que se presenta al santo engañando a su rival para conocer los secretos de su forma de actuar: “En otra ocasión, habiéndose enterado de que había uno que hacía de adivino (*mántis*) le hizo venir enviándole este mensaje: <<Ven para que pueda honrarte dignamente>>. Cuando llegó, Hipazio le dijo: <<He sabido que se dice de ti que anuncias lo que ha de suceder y que cuando alguien ha perdido algo tú le dices quién se lo ha robado. Te ruego me digas cómo lo consigues para que conociéndolo yo también te honre como mereces>>. Él comenzó a contar con entusiasmo: <<Cuando alguien me plantea un tema, inmediatamente me es revelado por la noche y yo se lo digo a los interesados para que cada uno vaya al templo de los ídolos a sacrificar un buey, un carnero o un ave y así, cuando el ángel me revela algo, yo se lo digo>>. Hipazio mandó dejar constancia por escrito de estas palabras, le agarró y le dijo: <<¿Así pues es a través tuyo como Satán enseña a la gente a adorar a los ídolos? Ten por seguro que no volverás a salir de aquí para que Satán no pierda a las almas por medio de ti. Te encerraré en una celda y te alimentaré con pan mientras vivas>>. Era ya viejo. Cuando había pasado algún tiempo, los presbíteros⁽²¹⁾ que habitaban en los alrededores vinieron y le prometieron a Hipazio que no le permitirían en lo sucesivo ocuparse de tales prácticas. Hipazio no le puso en libertad hasta que no recibió de él un juramento por escrito y poco tiempo después murió” (*Vita* 43, 9-15).

Todo parece indicar que el adivino aquí presentado era un pagano influido por el cristianismo. Lo sugiere el que acuda al monasterio, el que se deje reducir a prisión por Hipazio, el que sean los clérigos de la zona con cuyo consentimiento había actuado hasta entonces e incluso prestándoles, quizá, sus servicios quienes le defienden⁽²²⁾. La narración es un buen reflejo de lo difícil que resultaba establecer

²¹ G. J. M. Bartelink en la edición de *Sources Chrétiennes* traduce “ancianos”: “les anciens qui habitaient près de son domaine”, pero pienso que cuadra mucho mejor la traducción de “presbíteros”: se trataría de los clérigos rurales de la zona con cuyo consentimiento habría actuado hasta entonces. Esta traducción es compartida por R. F. Trombley. *Hellenic Religion* (cit.) II, p. 82.

²² Es significativo que el *daímon* o espíritu de que se servía como medium sea denominado *angelos*. Aunque la adoración de los ángeles como un tipo especial de divinidades está bien atestiguada en el paganismo tardío y, en concreto, en inscripciones de Asia Menor, aquí parece aludir al *daímon* que le proporcionaba su capacidad de adi

en ciertos campos las fronteras entre cristianismo y paganismo⁽²³⁾. El hecho de que el adivino no fuese un iletrado nos recuerda los papiros, libros e inscripciones con fórmulas de adivinación tan frecuentes en la Antigüedad. Que Hipazio tenía también facultades adivinatorias y era capaz también de encontrar objetos perdidos al igual que sus rivales paganos lo demuestra otra anécdota narrada en la Vida. Un pagano de nombre Egersio, que ejercía como secretario (*scrinarius*) de la Prefectura, perdió documentos importantes del archivo por lo que peligraba ser condenado a muerte. Había oído hablar de Hipazio, vino a él y se postró prometiéndole que si encontraba los documentos se convertiría. Hipazio después de haber orado le dijo: "<<Vete, encontrarás una persona que te dirá que los documentos han sido hallados. Actúa tal como has prometido a Dios y hazte cristiano>>". Egersio, no sólo se convirtió, sino que renunció al mundo y fundó un xenodoquio a cuyo frente se puso él mismo (*Vita* 40, 27-36). Evidentemente Hipazio actuaba como los adivinos paganos, pero sirviéndose de ritos cristianos y sin cobrar remuneración económica⁽²⁴⁾.

Los magos, brujos y hechiceros acostumbraban a vender sus servicios y solían obtener pingües beneficios. Inspiraban admiración por los bienes que podían proporcionar o temor por los males de que podían ser portadores. Después de realizar encantamientos o de ofrecer sacrificios podían dirigir el poder de un *daímon*, generalmente sirviéndose de algún instrumento, haciendo algún acto ritual o pronunciando alguna fórmula fija contra el enemigo de su cliente y causarles enfermedades o incluso la muerte. Los paganos al igual que los cristianos estaban convencidos de que los *daímones* podían originar desórdenes siconeuróticos y disfunciones físicas⁽²⁵⁾. Se explican así tanto los casos de enfermedades mentales y físicas provoca-

vinación, sin que pueda excluirse la influencia cristiana: cf. A. R. Sheppard, "Pagan Cults of Angels in Roman Asia", *Talanta* 12-13 (1980-1981), 77-100; F. Cumont, "Les Anges du paganisme", *Revue d'Histoire des Religions* 72 (1915), 169 ss. Los ángeles aparecen en algunos textos mágicos formando parte de una rigurosa jerarquía. Así, en PGM, IV, 1035 ss.: en lo más alto, el dios supremo al que están sujetos los dioses ordinarios, después los *daímones*, después los *angheloi*. Sobre la proliferación y popularidad de los *daímones* a partir del siglo II d. C., cf. F. Gascó, "Devociones demoníacas (s. II y III d. C.)" en J. Alvar y otros (eds.), *Héroes, semidioses y daímones*, (cit.), pp. 231-243.

²³ R. F. Trombley se atreve incluso a sugerir que el adivino fuese un "recently converted christian" que consideraba su viejo oficio demasiado lucrativo como para prescindir de él, *Hellenic Religion* (cit.) II, p. 83.

²⁴ Se podría recordar que cuando San Agustín habla de las profecías del santo monje egipcio Juan de Licópolis anunciándole a Teodosio I sus victorias sobre Máximo y Eugenio, se esfuerza por distinguir entre adivinación y profecía, que contraponen a las *curiositates sacrilegae et illicitae* (*De civ. Dei* 5, 26). San Jerónimo dice que las autoridades ciudadanas de Gaza acusaron a Hilarión de ser un mago adivino: en una ocasión en que fueron a detenerle y el santo había huido se preguntaban entre sí: "¿No es, acaso, cierto lo que hemos oído decir que es un mago (*magus*) y que conoce el futuro?" (*Vita Hilar.* 23, 5). Sobre la función política que en la Antigüedad desempeñaron muchos santos monjes siguiendo la tradición profética del Antiguo Testamento, cf. G. Filoramo, "Profetia e politica nelle <<Storie monastiche>> di Cirillo di Scitópolis", *Cristianesimo nella Storia* XX, 3 (1999), 521-544.

²⁵ Nilo de Ancira, un monje contemporáneo de Hipazio, lo expone con todo detalle: *Epist.* 2.140 (P.G. 79, 257 D-264 C).

das por Hipazio, como aquellos, más frecuentes, en que, basado en el poder de Cristo y siguiendo ciertos ritos cristianos, podía expulsar a los *daímones* y devolver la salud. Aunque, a veces, las fórmulas y ritos cristianos las hacía acompañar de otros ritos que parecen pervivencia o imitación de los que utilizaban los magos y hechiceros paganos.

Una de las narraciones más reveladoras en este sentido es la historia de un tal Agatángelo, que fue víctima de una especie de epilepsia: tenía paralizado sus miembros a consecuencia de un rayo. La narración pone muy bien de manifiesto las supersticiones que invadían las mentes de los hombres de la época y las múltiples maneras como se creía que los *daímones* podían penetrar en las personas como, por ejemplo, bebiendo agua en una fuente donde habitaban los demonios⁽²⁶⁾. Hipazio logró curarlo, pero no sin dificultades: “En una ocasión se acercaron a él seis hombres que llevaban a cuestas a otro hombre llamado Agatángelo, quien, golpeado por un rayo, tenía los miembros paralizados, pues un demonio se había apoderado de él. Este agitaba y sacudía todos sus miembros y ni sus manos ni sus pies podían estar quietos. Todo su cuerpo se bamboleaba al tiempo que lanzaba gritos y nadie podía sujetarle; a todos los que le veían se les erizaban los cabellos de miedo y suplicaban a Dios con sus manos. Cuando Hipazio lo vió hizo sobre él el signo de la cruz y le hizo llevar al interior. Allí oró, le ungió con aceite bendito, tomó tres cuerdas y le ató. Y después de siete días el Señor le curó” (*Vita* 22, 10-13).

Una variante de esta práctica de atar e inmovilizar a los endemoniados que sufrían ataques de epilepsia o locura y que, por lo tanto, resultaban peligrosos, nos es explicada en otra narración. En este caso no sólo se ata al enfermo y se le introduce en un saco, una especie de camisa de fuerza, sino que se le obliga a ayunar y a rezar. Se trata de un hombre de los alrededores del monasterio, llamado Zenón, que era atormentado de tal manera por un demonio que ni siquiera sabía dónde se encontraba. Deliraba y atacaba a todo el mundo. Hipazio le acogió, le ató las manos y le endosó un saco sin mangas de manera que quedaba empujado dentro de él con las manos atadas: “El saco era muy resistente pues a los que estaban poseídos por el demonio (*daimoníontai*) de una manera extremada y eran agresivos hasta el punto de atacar a las personas, él los ataba dentro de un saco de forma que no pudiesen hacer daño a nadie, antes bien, eran domados de esta forma y se les obligaba ayunar y orar sin cesar” (*Vita* 28, 38-56).

En estos casos, el hecho de atar con cuerdas al enfermo podría explicarse como un simple expediente para reprimirlo, y no como un ritual curativo, pero no sucede así con otras prácticas como el escupir en los ojos de los ciegos que sufrían de cata-

²⁶ Así en Teodoreto, *Hist. Relig.* IX, 10 (Pedro).

ratas después de hacer el signo de la cruz (*Vita* 22, 7-9). En otras ocasiones aparecen entremezclados los ritos cristianos con prácticas curativas propias de la medicina popular. Cuenta Calínico que muchos enfermos que eran rechazados por los médicos y a los que nadie se acercaba por el mal olor que despedían, Hipazio los curaba combinando la oración y las prácticas propias de un curandero: “Él no recurría a un médico, ni empleaba vendajes ni cualquier otra cosa, pues ignoraba el oficio de médico, sino que orando y haciendo el signo de la cruz les ponía un cataplasma de lentejas hervidas y de sal” (*Vita* 22, 1-5). Prácticas extrañas de este tipo utilizaba para curar no sólo a las personas, sino también a los animales. Los campesinos creían que muchas enfermedades de sus ganados eran motivadas, igual que las de los hombres, por la acción de los demonios malignos. Hipazio, que compartía estas creencias, recurría también a ritos mágicos para curarles: “No sólo los campesinos de las tierras que vivían cerca del monasterio eran curados ellos mismos de los males que les afectaban, sino que llevaban rápidamente ante el santo sus animales cuando éstos caían enfermos, bien por la acción de un demonio bien por cualquier otro motivo. Entonces frotaba con sal la lengua del buey y, después de haber orado, marcaba sobre la frente del animal la cruz de Cristo y en el mismo día el Señor lo curaba” (*Vita* 22, 21). En otra ocasión se menciona simplemente la plegaria del santo: “Muchos campesinos se veían terriblemente afectados por un demonio que entraba en sus casas y que daba muerte unas veces a una vaca, otras a un cordero. Los campesinos acudieron a él solicitándole que viniese y pronunciase una plegaria. Cuando él acudió y recitó la plegaria, el Señor curó los animales” (*Vita* 39, 13-14)²⁷.

Hipazio, pues, es presentado en muchos pasajes de su *Vida* como un médico cuyos poderes curativos derivan del Dios de los cristianos. Sus plegarias tienen eficacia acompañadas del signo de la cruz, de la unción de los enfermos con aceite y, a veces, con otros gestos de signo claramente apotropaico. Calínico resalta que sólo Dios, por medio de Hipazio, podía curar enfermedades como la ceguera y la epilepsia (*Vita* 44, 39 - 40). Pero los poderes curativos de Hipazio no sólo se transmitían y se manifestaban mediante su presencia física, sino también mediante el recurso a objetos tocados o bendecidos por el santo, es decir, mediante amuletos o talismanes, que en el lenguaje cristiano son denominados *eulogíai*, regalos. Calínico recuerda

²⁷ Hilarión, según Jerónimo, explicaba que el diablo para hacer daño a los hombres entraba también en los animales domésticos y ponía como ejemplo que, antes de tener permiso de Dios para tentar a Job, el diablo había exterminado todos sus rebaños (*Vita Hilar.* 14, 6-7). En las *Vidas* de los monjes santos son frecuentes las narraciones de milagros de curaciones de animales: cabe recordar, entre las más conocidas, la de Afraates quien, según Teodoreto de Ciro, curó el caballo preferido del emperador Valente (*Hist. Relig.* VIII, 11), o la del propio Hilarión que curó un camello endemoniado (*Vita Hilar.* 14). En cuanto a los rituales, Hipazio normalmente recurría a rociar con agua bendita al enfermo, pero otros monjes daban a beber el agua al enfermo: de este modo Macedonio libró de un aborto a la madre de Teodoreto de Ciro y a otra mujer de la locura (*Hist. Relig.* XIII, 17 y 13 (Macedonio).

varios milagros realizados de esta forma. En una ocasión se trató de un joven esclavo cuyo ojo había quedado colgando de un solo nervio tras un accidente. Otro esclavo propuso recurrir a una *eulogía* del santo. Mezclaron con agua la *eulogía*, la extendieron sobre el ojo y lo vendaron. Al día siguiente, quitaron las vendas y el ojo apareció sano e intacto (*Vita* 38, 1-5). En otra ocasión se trató de un hombre que había naufragado y que pudo salvarse junto con otras personas, no así la mercancía. Pero dos de los marineros cogieron dos fardos de vestidos de seda y preguntaron a quién pertenecían. El hombre en cuestión mandó abrirlos para comprobar si dentro se encontraban *eulogías* de Hipazio. En efecto, las encontraron y dieron gracias a Dios pues, salvo uno, los vestidos ni siquiera se habían mojado (*Vita* 38, 6-9). Otra vez los beneficiarios fueron los caballos de una posta imperial que estaban estacionados cerca del monasterio: “un demonio (*daimónion*) se había introducido en ellos y los mataba”. El responsable de la cuadra fue a rogar a Hipazio quien le dio agua bendecida por él ordenándole que rociase con ella el edificio y los caballos. Además le dió una *eulogía* y le dijo: <<Cuélgala en el establo y el demonio (*daímon*) huirá>>⁽²⁸⁾. Después de cumplir estas instrucciones ningún otro animal volvió a morir. Se puede recordar que Teodoreto de Ciro tenía siempre una ampolla de aceite bendecido de muchos mártires colgada junto a su lecho y bajo la almohada un viejo manto del santo monje Jacobo⁽²⁹⁾.

En su acción cristianizadora Hipazio no rechazaba ninguna forma de poder que fuese útil a sus objetivos. Esto lo podía lograr, no sólo recurriendo a sus poderes extraordinarios para expulsar a los *daímones* en beneficio de quienes estaban poseídos por éstos, sino también castigando a aquellos que no querían convertirse provocándoles la enfermedad o incluso la muerte mediante la acción de estos mismos *daímones*. Esta doble acción, benéfica o maléfica del santo, según las circunstancias, se pone muy bien de manifiesto en una extraña narración en que aparece una especie de comunidad monástica masculina de cultivadores de ídolos paganos en un ambiente rural. La anécdota es fiel reflejo de lo complejo y difícil que era, en muchos casos, la cristianización y cómo los monjes tenían que competir con los poderes de sus rivales paganos:

“En otra ocasión tuvo conocimiento de que a tres días de marcha había una casa en la que habitaban alrededor de cuarenta hombres que sacrificaban a los ídolos. Uno de ellos, llamado Elpidio, quería hacerse cristiano y no participaba con los otros en los ritos prohibidos⁽³⁰⁾. Por ello le expulsaron, después de haberle flagelado

²⁸ Nótese que en la misma narración Calínico se sirve de los términos *daimonion* y *daímon* como sinónimos.

²⁹ *Hist. Relig.*, XXI, 16.

³⁰ *Azémita*: ritos o sacrificios paganos. En la *Vida de Porfirio* de Marco el Diácono el término aparece en cinco ocasiones para mencionar sacrificios. Hay que tener en cuenta que el sacrificio de animales a los dioses estaba prohibido desde época de Constantino.

en numerosas ocasiones, diciéndole: <<Vamos a ver para qué te sirve Cristo>>. Quedó tumbado en la tierra a causa de los golpes entre llagas terribles. Cuando lo supo Hipazio envió un animal de carga para llevarle al monasterio. Le cuidó con todas las atenciones, como si fuese su propio padre, y le curó sus llagas. Una vez sano, fue considerado digno de recibir el bautismo de manos de Hipazio, renunció al mundo y sirvió con devoción al Señor durante tres años y, habiendo terminado felizmente su vida, se durmió a una edad avanzada. Hipazio envió un emisario a aquellos cuarenta en estos términos: <<Convertíos y hacéos cristianos pues, de lo contrario, la cólera de Dios os golpeará pronto>>. Como no quisieron escucharle antes de pasar un año les golpeó la cólera divina. Unos murieron víctimas de un demonio de la muerte amarga (*daímon pikroû thanátos*); otros se dispersaron, y la casa fue destruida para que no volviese a ser habitada” (*Vita* 43, 16-23). Vemos en esta narración a los monjes actuando como “bandas de asalto” de edificios paganos tal como ocurrió en tantas ocasiones en la Antigüedad Tardía, impulsados por un espíritu cristianizador violento. Pero en esta ocasión, la acción destructiva no fue sino la culminación de la acción mágica de Hipazio: éste acabó con los hombres, los monjes con el edificio.

Una última manifestación que aparece en la *Vita* son los poderes extraordinarios de Hipazio en sus enfrentamientos con las imágenes de los dioses paganos que aún seguían siendo objeto de culto, especialmente en ámbitos rurales. Los cristianos no veían a los ídolos paganos como simples objetos materiales, sino como encarnaciones del diablo con todos sus poderes. Eusebio de Cesarea se preguntaba: “¿Cómo pueden considerarse los poderes ocultos en las estatuas? ¿Puede haber una relación agradable con ellos? ¿Son buenos y verdaderamente divinos o lo contrario a todo esto?”³¹. Una estatua de un dios era un *daímon* y el santo debía echar mano de todas sus facultades si quería hacerles frente. Hipazio y sus monjes, según Calínico, llevaron a cabo una gran labor cristianizadora entre los campesinos y realizaron verdaderas cruzadas para destruir capillas de culto y objetos materiales en que se creía que moraba el poder diabólico de las divinidades como eran los árboles: “Tenía un gran celo por Dios y liberó de los engaños idolátricos a muchas regiones de Bitinia, pues cuando tenía conocimiento de que en algún lugar se adoraba un árbol o cualquier otro objeto de este tipo, se dirigía allí inmediatamente. Llevaba consigo a los monjes, sus discípulos, derribaba el árbol y lo quemaba” (*Vita* 30, 1). Es evidente que Hipazio y su biógrafo, al igual que sus contemporáneos paganos creían que los árboles y los bosques estaban poblados de demonios. Lo refleja bien una anécdota de su juventud: Hipazio y los viajeros que le acompañaban se vieron sorprendidos

³¹ *Preparat. Evang.* IV, 1, 6

una noche en un monte boscoso, un lugar horrible “a causa de los demonios (*daímones*) que lo habitaban” dice Calínico (*Vita* 2, 1).

En cierta ocasión Hipazio hizo acto de presencia en un famoso festival dedicado a Artemis, que como diosa de la fertilidad, disfrutaba aún de una enorme popularidad entre los habitantes de Bitinia. Calínico presenta a Hipacio en esta ocasión como un mago que compite y rivaliza con los poderes también mágicos de Artemis, quien, en una primera epifanía, se muestra como una mujer de enormes proporciones y después se hace invisible. La descripción de Calínico es rica en información sobre la persistencia de ciertos cultos paganos y sobre la mentalidad religiosa de paganos y cristianos en esta época del paganismo moribundo: “Una vez, fue a visitar a los hermanos del interior de Bitinia, donde se encuentra el río Rhebas. Era precisamente en esta época cuando se celebraba el *cálathus*⁽³²⁾, como se denomina, de la terrible Artemis. Cada año nuevo celebran allí la fiesta las gentes de esta región y durante cincuenta días nadie emprende un largo viaje⁽³³⁾. Pero, como él quería proseguir su viaje, las gentes del lugar le decían: <<¿A dónde quieres ir tú, amigo? El demonio (*daímon*) se apoderaría de ti en el camino. No os pongáis en camino pues muchas personas han sufrido males>>. Cuando Hipazio escuchó estas palabras respondió entre burlas: <<Vosotros tenéis miedo, pero a mí me acompaña Cristo>>. Mientras caminaba se mantuvo impertérrito. Se le apareció una mujer tan alta que parecía del tamaño de diez hombres. Ella avanzaba mientras hilaba y apacentaba a unos cerdos⁽³⁴⁾. Ahora bien, cuando él la vió, se santiguó y se detuvo elevando una oración a Dios. Inmediatamente ella desapareció y los cerdos huyeron entre graznidos estridentes” (*Vita* 45, 1-8).

Los cristianos habían considerado siempre a Artemis un *daímon* nefasto, como atestiguaba ya Clemente de Alejandría⁽³⁵⁾, pero todavía había muchas personas no cristianizadas o superficialmente cristianizadas que la temían y celebraban sus fiestas a mediados del siglo V de nuestra era. Si los monjes santos como Hipazio tuvieron tanto éxito en la cristianización de las sociedades rurales fue porque lograron eliminar el temor que en los hombres y mujeres de la época infundían todavía los dioses paganos y constituirse ellos en los intermediarios privilegiados con lo sobrenatural. Seguramente tenía toda la razón A. A. Barb en su bello ensayo varias veces

³² Especie de cesto o *modius* que usaban ciertos dioses como sombrero, por ejemplo, la Artemis de Efeso. Aquí se utiliza el término en el sentido de fiesta en honor de Artemis.

³³ Artemis era venerada también como diosa apotropaica protectora de los viajeros.

³⁴ Las diosas hilanderas suelen ser símbolos del destino y de la fertilidad. Los puercos pueden ser personificaciones de demonios como parece deducirse de lo que sigue y tal como aparece ya en el Nuevo Testamento; Juan Crisóstomo describe un sueño en que un hombre se ve atacado por el demonio bajo la forma de un cerdo cubierto de barro (P. G. 47, 423).

³⁵ *Protept.* II, 41, 4.

citado, “La supervivencia de las artes mágicas (en el siglo IV)” cuando terminaba diciendo: “Ha habido en la historia pocas actividades humanas de las que se pueda trazar más clara y seguramente que para la magia una tradición ininterrumpida desde la más remota antigüedad hasta nuestros días”⁽³⁶⁾.

Concluyo con las mismas preguntas que planteaba al comienzo: ¿dónde están las fronteras entre religión y magia?, ¿entre los poderes divinos y los demoníacos?. ¿Era Hipazio un hombre divino, un *theios aner* o un mago?. Quiero terminar recordando un pasaje de las apócrifas “Actas de Pilato” que refleja muy bien cómo un mismo fenómeno religioso puede ser interpretado de forma muy diferente según sea la perspectiva religiosa del observador: “Dijeron los judíos: <<Tenemos una ley que prohíbe curar a alguien en sábado; pues bien, éste, sirviéndose de las malas artes, ha curado en sábado a cojos, jorobados, impedidos, ciegos, paralíticos, sordos y endemoniados>>. Díjoles Pilato: <<¿Por qué clases de malas artes?>>. Ellos dijeron: <<Es un mago (*góes*); por virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, expulsa a éstos y todos se le someten>>. Díjoles Pilato: <<Esto no es echar a los demonios por virtud de un espíritu inmundo, sino por virtud del dios Esculapio>>”⁽³⁷⁾.

³⁶ *Op. cit.* p. 143.

³⁷ A. de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*. Edición crítica y bilingüe (BAC 148), Madrid, 1988, p. 399.